

CUADERNOS 26

Europa, 2019



Editado por CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
En Madrid, 25 de mayo de 2019
publicaciones@circulocivicodeopinion.es
Impreso: Gráficas San Enrique (Madrid)
Depósito Legal: M-7615-2012
ISSN 2254-1837
Editado en España

CUADERNOS 26

Europa, 2019

Mayo 2019



UNA UNIÓN EUROPEA RENOVADA CON PROYECCIÓN GLOBAL

Araceli Mangas Martín

Catedrática de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales
Universidad Complutense

1. Introducción

La Unión Europea padece los mismos males que las democracias liberales en el mundo actual y en su propio seno geopolítico. Los mismos enemigos que sus Estados miembros –los nacionalismos y populismos de toda laya– y enfrenta problemas similares. No tiene peor futuro que sus Estados democráticos.

Nos debe preocupar mucho más que los nacionalismos populistas quienes se aproximan al análisis de sus riesgos y problemas desde la descalificación y crítica, sin otra base argumental que mantras y tópicos banales basados en devaluar el proceso de integración acusándolo de septuagenario o de corresponder a otras generaciones y a otro tiempo. Les parece poco, mal hecho y proponen otra Europa basada en abstracciones y envuelta en el tópico de la “unión política”.

Como si no fuera la esencia de una Unión política tener una moneda única para 19 Estados y una autoridad monetaria única, o una competencia comercial o política pesquera soberanas cedida plenamente, o aceptar la efectividad y primacía de las normas comunes sobre las constituciones nacionales y un tribunal de la UE con autoridad sobre todos los sistemas judiciales nacionales. Todo ello es lo que quieren los soberanistas en nuestros Estados y en la UE.

2. Percepción ciudadana

Nos debe preocupar y nos preocupa quienes quieren enfrentar a la UE con su ciudadanía apelando a descalificaciones manidas sobre su sistema de gobernanza. Sin pruebas ni argumentos. El Eurobarómetro (abril de 2019) lo desmiente. Incluso en tiempos de la crisis nunca bajó la confianza del 60% y, sobre todo, ahora es muy elevado (68%) en 2019: desde 1983 la UE no gozaba de tanto apoyo de los más de 500 millones de europeos.

El 68% de los ciudadanos estima que la UE ha sido beneficiosa para su país, para sus intereses nacionales y ciudadanos; por cierto, el apoyo de la ciudadanía española se dispara al 75%. Cuando se desprecia a la UE como una tecnocracia sin representatividad, se habla a partir de los tópicos de los eurófobos.

Es otro mantra estar reconcomiéndonos sobre el futuro de la UE, con la sensación de vértigo de qué nos podría pasar si se deja de pedalear. Cuando se pregunta a los españoles si creen que la UE no va en la buena dirección, así lo cree un



56%; pero cuando se les pregunta si España no va en la buena dirección, el 68% muestra desconfianza hacia nuestro país. Todo lo que critiquemos de la UE hay que pasarlo al grado superlativo sobre España.

El 51% de los ciudadanos europeos se siente bien representado, que su voz cuenta en Europa; al fin y al cabo, la UE, como sus Estados miembros, es una democracia representativa. Pero ese mínimo resultado es preocupante y apunta a los graves problemas de desconexión y desconfianza de los ciudadanos europeos hacia los partidos políticos. Y se agrava al saber que la desconfianza de los españoles se dispara al 42%, que se considera mal defendido en la UE por los sucesivos Gobiernos de España y los partidos políticos con presencia en el Parlamento Europeo. Es claro que, al menos desde hace quince años, España no ha jugado ningún papel relevante en la UE. Se ha comportado más como un invitado o como un recién llegado con complejos. En el Parlamento europeo, España, que debiera ser la tercera potencia en influencia –al estar el Reino Unido con un pie fuera sin encontrar la puerta de salida e Italia liderando a los euroescépticos– es, por el contrario, la sexta potencia (Alemania, Francia, Italia, Polonia, Reino Unido, España, seguida de cerca de ¡Rumanía!) como acaba de poner de relieve la *Fondation Robert Schuman*. El enemigo no son solo los populismos y nacionalismos.

Es claro que la ciudadanía europea muestra escasa confianza en los partidos políticos y la política interna. Al fin y al cabo la UE ha funcionado en la crisis, al principio con lentitud, pero a partir de 2010 con determinación y rapidez para no dejar caer a ningún Estado miembro. Incluso a pesar de la larga crisis de liderazgo, la tela de araña institucional funcionó pues estaba pensada por los “padres fundadores” para que, al margen del liderazgo y crisis de los partidos, pueda funcionar a piñón libre.

Y no debemos olvidar que la ciudadanía intuye o percibe de forma pasiva que los políticos y los medios de comunicación se apoderan de los éxitos de la UE. Ya es habitual hacer de la UE el chivo expiatorio de sus fracasos y mentiras. Y que los grandes logros se manipulan con desparpajo en favor del gobernante de turno (por ejemplo, las espectaculares políticas de igualdad y su minuciosa protección judicial o la política medioambiental).

La ciudadanía española sabe que, sin la UE, ni el poder legislativo ni ejecutivo estatal y autonómico nunca habrían adoptado leyes tan progresistas y protectoras. Igualmente, toda la trama legislativa (con gobiernos del bipartidismo) y empresarial (bancaria) de cláusulas abusivas en las hipotecas nunca se hubiera podido desmontar sin el amparo de las normas europeas y su eficiente sistema judicial al que se ha tenido que someter nuestro Tribunal Supremo. Los políticos y medios de comunicación critican lo que desconocen, pero tampoco se atreven a cambiar su discurso por el claramente antieuropeo.

Nadie quiere irse de la UE ni encuentra una puerta de salida a un mundo mejor: Aunque hablen de otra Europa no se atreven a plantear la renuncia al euro, que a la postre es un verdadero escudo para nuestra estabilidad económica, incluso a pesar de sus debilidades e insuficiencias. Los que critican con apriorismos a la UE tampoco quieren renunciar ni al placer de la libre circulación y del mercado interior, ni a las políticas de redistribución de riqueza entre naciones jamás soñadas por la humanidad que representan los fondos estructurales de la UE. No es tan terrible la burocracia europea; como los romanos de *La vida de Brian*, las instituciones europeas hacen muchas cosas buenas...



La Unión Europea es, además, un espejo en el que se deberían mirar los partidos políticos españoles. Es la España que sueñan los españoles. Allí nunca un partido ha tenido la mayoría absoluta en el Parlamento Europeo y siempre se basa en la “gran coalición” parlamentaria y la cohabitación en el ejecutivo (la Comisión).

Y, además, la crisis de bipartidismo y la consolidación de la desagregación de las sociedades nacionales con la fragmentación del arco parlamentario también se viene viviendo en el Parlamento Europeo en las dos últimas legislaturas (2009-2014, 2014-2019). Al no haber nunca mayoría absoluta desde 1979, las dos grandes formaciones europeas (PPE y PSE) han asegurado la estabilidad con su entendimiento continuado a base de mucho diálogo y respeto mutuo.

Es decir, no hay odio cainita a pesar de que sus guerras fueron la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial y tendrían más motivos que nosotros para el odio. Pero no. Hubo perdón y reconciliación y responsabilidad con la gobernabilidad europea. Desde 1979 hasta 2019 su entendimiento basado en la transacción ha procurado la mayoría necesaria para aprobar las grandes normas europeas difuminando la tradicional confrontación derecha-izquierda.

Al aflorar de forma visible los nacionalismos-populismos en la recién terminada legislatura, se ha observado que en las votaciones decisivas (por ejemplo, directiva de derechos de autor para proteger la creación artística, o la de protección de los trabajadores comunitarios desplazados) se ha confirmado esa tendencia reforzada por el hilo conductor de europeístas frente a euroescépticos-euróforos. El voto europeísta llama a rebato y se constata un voto transversal en ideologías y por nacionalidades europeístas frente a los no europeístas. Es como si en la España civilizada respetuosa con el Estado de Derecho con la que muchos soñamos, los demócratas, es decir, los constitucionalistas, votaran juntos para construir las grandes normas de convivencia y las reformas de futuro.

Los dos grandes partidos europeos (PPE y PSE) han ido disminuyendo su presencia en 2014 en favor de otras agrupaciones europeístas (ALDE –liberales– y Verdes) y populistas-nacionalistas, pero conservaron la mayoría absoluta entre ambas. Es casi seguro que la perderán en la nueva legislatura que elegiremos el 26 de mayo para 2019-2024; pero frente a los agoreros que le hacen la campaña a los populistas, todo parece indicar que subirán, sí, pero no en proporciones peligrosas o superiores a las del 2014 (y en parte por las elecciones, si se confirma, en el Reino Unido, pero cuando encuentren la puerta de salida se irán sus soberanistas); y subirán mucho los liberales de ALDE –de quienes dependerá especialmente la nueva mayoría de estabilidad y tendrán derecho a alguna presidencia– y algo los Verdes.

Y en todo caso se ha demostrado que los populistas-nacionalistas (seamos claros y neutrales, en Europa los populistas-nacionalistas son desde la extrema izquierda a la extrema derecha) tienen percepciones tan contrarias entre sí y están tan enfrentados que no son el enemigo que algunos quieren imaginar.

La conciencia pasiva del europeísmo ciudadano es conciencia, al fin y al cabo. Y no se debe distorsionar insinuando que los ciudadanos no apoyan el parlamentarismo europeo. Habría que levantar el velo y saber que las medias de participación se descomponen con Estados y gobiernos poco integracionistas en los que la población apenas participa (13% en Eslovaquia, 18% en Chequia, y así otros del Este europeo). Con esos umbrales se rompen los porcentajes reales y razonables.

3. Afrontar los desafíos

Hay problemas en la Unión Europea, y en el mundo que cambia antes de que nosotros sepamos cómo afrontar los desafíos. El caldo de cultivo de los populismos es reversible si se consigue atraer a las clases medias, base de la construcción europea, que se refugiaron en el discurso antiglobalización de sociedades cerradas. Las clases medias necesitan protección. Son la base de una sociedad estable y democrática y son las que más apoyaron la construcción europea.

¿Qué quiere la ciudadanía de la Unión Europea? Los Eurobarómetros vienen avalando el deseo de la población por una influencia decisiva de la UE que corresponda con su potencia comercial (número 1 mundial), económica y monetaria y su compromiso con la solidaridad (número 1 mundial con el 65% de distribución mundial de ayuda al desarrollo). La ciudadanía europea quiere que la UE ejerza de gran potencia global. Que exista en y ante el mundo global. Que despliegue de forma efectiva su autonomía exterior y se haga notar nuestra singularidad y defienda tanto nuestros valores como nuestros intereses económicos y estratégicos. La ciudadanía sabe que la UE se puede y debe distinguir entre las otras potencias globales (Estados Unidos, China, Rusia) que tienen bases políticas autoritarias y afanes imperialistas. La ciudadanía quiere que nos proteja, y más aún que protección en una sociedad abierta, que nos proyecte en el mundo. La UE necesita proyección global.

Claro que para ser potencia global necesita afrontar la autonomía tecnológica global. Esta se logra no solo controlando los desmanes de los gigantes tecnológicos americanos y la agresividad china –como muy bien hace la UE y nunca podríamos hacerlo por separado–, sino pasando a la ofensiva para erigir con mucha inversión colectiva e individual nuestros campeones tecnológicos. Hasta ahora no hemos hecho nada para revertir esta situación de dependencia salvo de guardia urbano ordenando el tráfico externo en la UE, pero sin tener nuestra propia flota tecnológica.

Los avances desde el Brexit han sido muy positivos en materia de defensa, al haber erigido ya una cooperación estructurada permanente y sus medios (cuartel general propio, recuperar el mando de la operación Atlanta en Rota). Hemos avanzado en dos años lo que no se logró en setenta, y esto solo debería estar empezando.

La idea de una autonomía estratégica de la UE, asumiendo todavía muchas más responsabilidades militares con determinación (en investigación, inversiones, planificación y gastos comunes, planes de defensa, acciones sobre el terreno en el exterior) es para depender más los unos de los otros socios europeos y menos de un tercero cada día menos fiable –que nos ha calificado de primer enemigo de los Estados Unidos (enero 2019)– y que tiene tantas afinidades e intereses con regímenes autocráticos o abiertamente dictatoriales.

4. Nuevo quinteto al timón: *e la nave va*

Además, en este año electoral europeo no solo hay que elegir al Parlamento Europeo y a su presidente, sino que de su seno nace el gobierno europeo encarnado en la Comisión Europea. Europa es una democracia parlamentaria representativa. También a la nueva presidencia del Consejo Europeo y a la Alta o Alto



Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad.

Y habrá que elegir a la presidenta (hasta ahora nunca una mujer) o presidente de la Comisión abandonando el absurdo sistema de los cabezas de lista –al margen de la legalidad– y sin lógica política ni jurídica, pues el voto es nacional y no hay listas transnacionales. Y dado que desde hace dos décadas ganan los populares, eso condenaría a la Comisión a tener un presidente popular también en la nueva legislatura. Se entraría con un piñón fijo en los restantes nombramientos. Ese pie forzado llevó al desastre institucional de la actual legislatura de tres presidencias en manos del PPE –Comisión, Consejo Europeo y luego la del PE–, lo que impidió la transversalidad habitual de cohabitación de PPE-PSE en el reparto de presidencias.

Además, este concreto año la UE se da –nos damos– un festín de nombramientos entre julio y 1º de diciembre, pues a las cuatro habituales al inicio de cada legislatura quinquenal (PE, Comisión, Alta/o Representante para Asuntos Exteriores y Consejo Europeo), hay que proveer la transcendental del Banco Central Europeo. El providencial Mario Draghi termina su mandato de ocho años a finales de octubre.

5. Conclusiones

Tenemos tantas cosas fascinantes que hacer juntos que no debemos tener miedo al futuro. Y no es lo mismo partir de una historia de éxito, como es la UE en estos setenta años, que de una historia de fracaso. Elegir a los eurodiputados es la llave que activará el nombramiento de los cinco máximos dirigentes de la Unión y que serán los responsables del éxito o fracaso de nuestras metas de autonomía exterior, autonomía tecnológica y autonomía estratégica.

Queremos transmitir que tenemos tantas cosas fascinantes para hacer juntos los europeos en los próximos años que merece la pena pensar en el futuro y votar para decidir qué hacemos en Europa y por Europa ante esos tres grandes desafíos.



SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Elisa Chulía
Profesora de Sociología

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

José Gasset Loring
Director de Relaciones Internacionales
Iberdrola

Jaume Giró
Director General de la Fundación Bancaria
“La Caixa”

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

José Luis Gómez-Navarro
Director de Comunicación Corporativa y
Marketing Institucional de Telefónica

Carmen González Enríquez
Catedrática de Ciencia Política

Fernando González Urbaneja
Periodista

José Luis González-Besada Valdés
Director de Comunicación y Relaciones
Institucionales de El Corte Inglés, S.A.

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Julio Iglesias de Ussel
Catedrático de Sociología
Fundación Juan-Miguel Villar Mir

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Óscar Loureda
Catedrático de Traducción, Lengua Española
y Lingüística General

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Félix Ovejero
Profesor de Filosofía y Metodología
de las Ciencias Sociales

Benigno Pendás
Catedrático de Ciencia Política

Javier Rupérez
Embajador de España

Eva Sáenz
Profesora de Derecho Constitucional

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

Alberto J. Schuhmacher
Investigador en Oncología Molecular

Ángel Simón Grimaldos
Presidente Ejecutivo de AGBAR

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

Juan Antonio Zufiría
Director General de IBM Global Technology
Services Europa

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta “fatiga civil”. España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

